

La casa de raíces

Desde hace un largo tiempo, solo somos mi hijo y yo. Vivimos aislados del mundo, en las profundidades del bosque, en la casa que heredé cuando mi padre murió hace mucho tiempo. Una casa que se mantiene de milagro, sinceramente, por la cantidad de plantas que la han invadido. La cabaña —odio llamarla así cuando en verdad es una casa gigante— está hecha de madera y, en general, es muy rústica, si eso significa llena de madera podrida, con polillas viviendo en todas las paredes y grillos dándote los buenos días, todos los días. La comida escasea de vez en cuando, pero logramos sobrevivir como podemos.

No sé cómo está lidiando mi hijo con esta situación, pero tampoco sé cómo preguntarle, nunca fui cercano a él, solo le doy la regañada rutinaria cuando hace algo mal, consejos fríos de qué hacer en la vida; cosas de ese estilo. A veces realmente me frustra, sé que estamos en una situación difícil, pero me irrita tener que hacer todo para mantenernos vivos, y él ni siquiera quiere ayudarme a cazar porque le da pena matar animales. Es realmente patético.

Lo que nos trajo aquí fue una carta que llegó a nuestro hogar, repleta de hongos y moho. El papel estaba medio roto y tenía extrañas manchas sobre su superficie. En ese momento realmente me extrañó, pero aun así decidí abrirlo, aunque tal vez debería habérselo dado a la policía, quién sabe si era tóxico. Dentro decía: “Hijo, junto con esta carta encontrarás la ubicación de la casa familiar, estoy seguro de que aún la recuerdas. La has heredado y es necesario que vengas lo antes posible, es un asunto urgente. Algo va a pasar y necesito que estés ahí para ver que todo salga bien. Confío en que harás lo que debes”.

Realmente me extrañó, no solo por lo que pedía ni por la repentina oportunidad de bienes raíces, sino porque mi padre ha estado muerto desde hace veintisiete años. No recuerdo la razón de su muerte, ni nada de lo que pasó durante ese tiempo, ni siquiera recuerdo el entierro, pero supongo que es porque fue hace mucho tiempo.

Lo discutimos y decidimos ir a visitar la propiedad, de igual manera queríamos hacer un viaje en familia, con la esperanza de que mi hijo y yo conectáramos más, aunque nunca le tuve mucha fe a ese plan. Preparamos las cosas para estar ahí un par de días, tres como máximo, y partimos. Durante el camino, un pensamiento resonaba en mí: “¿por qué me llegó este mensaje ahora, cuando mi papá murió hace tanto?”. Intentaba racionalizarlo: ¿Tal vez se perdieron los papeles de la propiedad y recién los habían recuperado? ¿O mi padre decidió que recién a esta edad sería capaz de manejar el terreno? No importa cuánto me lo preguntaba, la respuesta nunca me convencía del todo.

La ubicación de la casa advertía un camino largo y un tanto pesado, a través de muchas carreteras inhóspitas, sin ningún pueblo cercano. Estaba nervioso, sería un poco raro no estarlo, ¿no? Sentía que algo andaba mal, que algo iba a pasar, que no estaba preparado para descubrir lo que se escondía más allá de lo que podía ver. Pasamos por praderas bordeando lagos y, finalmente, pude ver a lo lejos esa borrosa memoria de mi pasado: árboles tan grandes que podía sentir que se agachaban lentamente a observarme con cada ráfaga de viento.

Poco a poco, nos adentramos en la profundidad del bosque. Los caminos se veían cada vez menos cuidados, con lodo, ramas y piedras que iban apareciendo cada vez más en la pista, hasta que solo quedó una trocha apenas visible. La mirada espectral de los millones de árboles a mi alrededor, cada vez más grandes, juntos y anchos, no me dejaba descansar, obligándome a evitar parpadear por la paranoia que me invadía. Todo se oscurecía lentamente: las densas hojas, ahora tan oscuras como la noche más profunda, solo dejaban pasar pequeñas porciones del sol para confirmar nuevamente que estaba en la realidad. Pero el camino no parecía terminar. Se hizo de noche y seguía, aún seguía, no parecía tener final.

Mis manos ahora apretaban con fuerza el volante, incapaces de resistir el miedo. ¿Cómo era esto posible? ¿A dónde nos dirigíamos? Tal vez habíamos dado un mal giro en alguna parte, o el camino había cambiado y el mapa era obsoleto. O tal vez se tratara de una broma de muy mal gusto. La ansiedad aumentaba, aislados en un bosque tan ajeno a lo que conocía y recordaba. Hasta que la vimos.

La casa se asomaba entre los árboles, como si fuera una parte más del bosque, dormida, esperando que alguien llegara después de tanto tiempo. Casi no la vimos hasta que giramos ligeramente y apareció como por arte de magia frente a nosotros. Dimos un largo suspiro y nos bajamos del carro. Sacamos lo esencial, ya que era de noche y no queríamos arriesgarnos al ataque de una bestia, o a que aquellos insectos nos picaran más de lo que ya lo habían hecho.

Estuvimos tres días intentando limpiar el lugar, viendo si algo era rescatable. Por mi parte, buscaba algo que me permitiera entender a qué se refería mi padre en la carta. Me era imposible bajar al sótano, cada vez que abría la puerta que llevaba a la oscuridad absoluta me invadía un dolor de cabeza insoportable. Era tan extraño no tener ningún recuerdo claro sobre el lugar, cada cosa que parecía vagamente familiar al fijarme era solo otra parte de la casa que se caía a pedazos.

Al pasar los tres días decidimos volver a casa, se nos acababa la comida y no queríamos pasar un solo día más en ese lugar. Sin embargo, cuando manejamos por la trocha, solo nos devolvía a la casa. Lo intentamos cientos de veces en vano. Y así es como hemos terminado atrapados en este bosque desde hace varios meses. El cumpleaños de mi hijo es mañana, y no sé qué hacer para intentar ponerlo de un mejor humor. Tal vez podría intentar hacerle una especie de juguete con alguna

madera. Va a cumplir doce años y está por entrar a la adolescencia. Siento que cada año que pasa se echa más a perder mi relación con él. Pero supongo que ahora debería dormir.

Aún tenía los ojos cerrados, pero sentí que algo andaba mal, sentía un peso sobre mí. Intenté abrir los ojos, pero no podía, había algo encima que lo impedía. Intenté frotarlos para quitarme el sueño y levantarme, pero fue en vano, mi cuerpo no me respondía. Poco a poco, fui abriendo los ojos y noté que estaba bastante más arriba del suelo, lo que me pareció definitivamente extraño. Conforme recuperé la consciencia, fui entrando en pánico.

Ya no sentía mis manos y mis piernas, o mejor dicho, las sentía diferentes, casi como si no me pertenecieran. Se extendían a través de la habitación de forma alargada, y se enredaban entre sí. Eran de un color verde opaco, con una superficie similar a la piel de un caracol, con bultos en forma de líneas —similares a lianas o raíces— y rodeaban mis extremidades por debajo y por encima de mi piel, por adentro y por afuera, como si se tratara de una costura hecha con hilo. Mi cuerpo se encontraba parcialmente hundido en la pared, y fue ahí que noté que estaba suspendido, fusionado en parte con la pared. Mi estómago se encontraba casi completamente devorado por la casa, con solo mi pecho alzándose más allá, inclinándose 45 grados hacia adelante. Mi pecho también se encontraba lleno de esos bultos extraños, extendiéndose hacia el piso y atravesándolo a través de un pequeño hueco por el que pasaba el resto de mi cuerpo alargado. El hueco era tan profundo como para llegar a la oscuridad absoluta del sótano.

Casi vomito al verme en este estado, ya ni siquiera humano, difícilmente reconocible, una sombra de lo que había sido. Incapaz de moverme, solo me quedaba asomarme desde esta pared, observando, esperando a que llegara mi hijo y tuviera una mejor idea de qué hacer. Pero no quería que me viera así, colapsaría, era lo único que le quedaba, y sin mí, probablemente moriría de hambre. ¿Qué pasaría si ni siquiera sabe que soy yo y cree que lo he abandonado?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el rechinar de la puerta. Rápidamente, casi por instinto, aquellas raíces se lanzaron contra la puerta y la mantuvieron cerrada, siguiendo el latido de mi corazón, que repentinamente se había vuelto acelerado. Estaba aterrado, ¿qué pensaría de mí?

Tras un par de minutos, decidí ceder y abrir la puerta. Sería doloroso, pero no podía quedarme encerrado acá, escapando de la confrontación, sin tener una pista de lo que había sido de mí. Conforme tomaba la decisión, lentamente, mis extremidades se fueron desenroscando. Nuevamente rechinó la puerta y pude ver a mi hijo, aterrado, viéndome.

—¿Qué es eso?! —no podía culparlo, ahora yo era algo fuera de su comprensión, diferente a cualquier cosa que hubiese visto antes. ¿Cómo no tener miedo? Con mis ojos amarillos como lámparas mirándolo fijamente, rodeándolo con mis extremidades como si fueran telarañas. Intenté hablarle, pero mi voz se perdió entre sonidos extraños que brotaban de los orificios de las raíces.

—Hijo, soy yo, papá, ayúdame —dije. Era difícil distinguir palabras en mis chillidos y rugidos subhumanos, distorsionados como gritos del más allá, casi como aquellos silbidos sin dueño en los bosques. En vez de mi garganta, mis “brazos” y “piernas” temblaban y vibraban, liberando aire en todas direcciones, proyectando mi voz como susurros en su nuca.

—¿Papá? ¿En serio eres tú? ¿Qué rayos te ha pasado? ¿Por qué estás así? —dijo.

No tenía una respuesta, pero todo parecía familiar, y aun así, lejano, tan irreal. La melancolía retorcida trepaba por mi espalda, y poco a poco mis pensamientos se volvían más fugaces y difíciles de controlar. Se tornaron violentos, orgullosos, cobardes. Tenía miedo a perder algo, pero no sabía muy bien qué.

Conforme pasaban los días, mi hijo tuvo que ver qué hacer para sobrevivir sin mí, y la grieta entre nosotros se volvió más y más grande. Cada vez me molestaba más, tenía más miedo, aunque aún no descifraba la razón. Le gritaba cuando se equivocaba, criticaba su falta de independencia, de razonamiento, de fuerza de voluntad. Al pasar los días, las raíces también se volvían más y más largas invadiendo una nueva habitación de la casa, hasta que mi hijo ni siquiera tenía un lugar donde dormir.

Finalmente, un día llegó al cuarto con el rifle en la espalda. Vi en sus ojos sus intenciones y no pude sentir nada más que ira. Le reclamé por cada error que había cometido, le grité lo malagradecido que era. ¿Cómo podía pagarme así después de tanto tiempo haciendo lo que podía por mantenerlo vivo? ¿Cómo osaba rebelarse contra su propio padre?

—¡Ya no puedo soportarlo! ¡Has invadido cada parte de la casa! ¡Ya no me siento seguro en ningún lugar! —me gritó mientras caían lágrimas de sus ojos—. ¡No puedo seguir viviendo así! He bajado al sótano, vi lo que hay ahí, y voy a acabar con esto— dijo.

Hice lo que pude por evitarlo, pero finalmente, cuando lo escuché bajando las escaleras hacia el sótano, pude recordar. Hace veintisiete años, en esta casa, mi padre y yo. La misma historia. Fue aquí donde acabé con él, para intentar escapar de este hogar maldito. Tal como en esos recuerdos, mi corazón yacía expuesto entre las raíces, en el sótano. Y fue cuando sentí la mano de mi hijo posada sobre mi corazón, que entendí lo que me llevó a gritarle, lo que me llenó de miedo: tenía miedo a

perderlo, a que se alejara más de mí. Di un suspiro de resignación, cerré los ojos, y esperé pacientemente al sonido de la bala que me llevaría a otro lugar. Con suerte, a uno mejor.

Salvador Durand Olivera
Cuarto de Secundaria